

## INTRODUCCIÓN

La reactivación de la economía mundial que empezó hacia mediados de 2016 ha ganado fuerza y amplitud. Esta nueva edición de *Perspectivas de la economía mundial* (informe WEO) prevé que las economías avanzadas, en conjunto, mantendrán su expansión por encima de las tasas de crecimiento potencial este año y el que viene antes de desacelerarse, mientras que en las economías de mercados emergentes y en desarrollo el crecimiento aumentará antes de estabilizarse. En la mayoría de los países, las favorables tasas de crecimiento actuales no van a durar. Las autoridades deberían aprovechar esta oportunidad para dar impulso al crecimiento, lograr que sea más duradero y dotar mejor a sus gobiernos para contrarrestar la próxima desaceleración.

Parece que el crecimiento mundial va camino de alcanzar el 3,9% este año y el próximo, un nivel significativamente superior al de las previsiones de octubre. Uno de los motores de la aceleración del producto es el crecimiento más rápido en la zona del euro, Japón, China y Estados Unidos; todos ellos crecieron por encima de las expectativas el año pasado, mientras que los países exportadores de materias primas registraron cierta recuperación. Además de China, otras economías de mercados emergentes y en desarrollo también obtendrán este año mejores resultados que el que mostraban nuestras proyecciones anteriores; Brasil, México y las economías emergentes de Europa pertenecen a este grupo. Sin embargo, en conjunto, los beneficios para este grupo de países sufrirán el lastre de las fuertes revisiones a la baja en algunos países asolados por conflictos civiles, en particular Libia, Venezuela y Yemen. El crecimiento del comercio y la inversión siguen siendo importantes factores que impulsan la recuperación mundial.

No se había visto un crecimiento tan sólido y de base tan amplia desde el repunte mundial inicial de 2010 tras la crisis financiera de 2008–09. El sincronismo de la expansión ayudará a disipar algunos legados de la crisis que todavía persisten al acelerar el repliegue de las políticas monetarias no

convencionales en las economías avanzadas, fomentar la inversión y cicatrizar las heridas del mercado laboral.

No obstante, otras secuelas de la crisis parecen más duraderas, como por ejemplo el aumento de los niveles de deuda en todo el mundo y el escepticismo generalizado de la gente sobre la capacidad y la voluntad de las autoridades de generar un crecimiento robusto e inclusivo. Este escepticismo se verá reforzado —y tendrá repercusiones políticas negativas en el futuro— si la política económica no afronta el reto de aprobar reformas y acumular reservas fiscales. El éxito de estas iniciativas consolidaría el crecimiento a mediano plazo, extendería sus beneficios hacia los niveles inferiores de la distribución del ingreso y fortalecería la capacidad de resistencia frente a los riesgos que quedan por delante.

De hecho, las perspectivas de crecimiento futuras para las economías avanzadas y muchos países exportadores de materias primas son complicadas. En las economías avanzadas, el envejecimiento de la población y un aumento de la productividad total de los factores inferior al proyectado dificultarán que el crecimiento medio del ingreso de los hogares recupere el ritmo anterior a la crisis. Todavía más difícil parece ser incrementar significativamente los ingresos medianos y bajos. Además, las tasas de crecimiento tenderán inevitablemente hacia sus niveles a largo plazo más débiles. El respaldo a las políticas se desvanecerá en Estados Unidos y China, lo cual será necesario en vista de los desequilibrios macroeconómicos de dichos países. Asimismo, los países que actualmente crecen a mayor velocidad, al recurrir a capital y mano de obra subutilizados, alcanzarán la plena capacidad. Por tanto, es urgente adoptar un enfoque de políticas económicas prospectivas para limitar los riesgos y potenciar el crecimiento.

Como es habitual, el capítulo 1 de este informe presenta los riesgos para los pronósticos. Estos riesgos están equilibrados en lo que respecta a los próximos trimestres, aunque es posible que el crecimiento sea más fuerte de lo previsto y contrarreste los imprevistos desfavorables. No obstante, con el paso del

tiempo aumenta la probabilidad de cambios negativos en los pronósticos.

Es posible que el endurecimiento de la política monetaria se produzca antes de lo esperado si surge un exceso de demanda, algo bastante posible en Estados Unidos, donde la política fiscal es cada vez más expansiva, a pesar de que la economía se ha acercado al pleno empleo. A su vez, un endurecimiento de las condiciones financieras ejercería presión sobre países, empresas y hogares con una deuda elevada, también en las economías de mercados emergentes.

Asimismo, se corre el peligro de entrar en una espiral de restricciones y represalias comerciales. Ya se han disparado los primeros proyectiles de una posible guerra comercial. El conflicto podría intensificarse si las políticas fiscales de Estados Unidos provocan un aumento del déficit comercial sin que Europa y Asia tomen medidas para reducir los superávits. Es necesario fortalecer el sistema multilateral de comercio basado en normas que se creó tras la Segunda Guerra Mundial y que ha generado un crecimiento sin precedentes en la economía mundial. De lo contrario, corre el peligro de desgarrarse.

La renovada popularidad de las políticas nacionalistas es otra de las consecuencias de la crisis financiera y sus efectos prolongados. Las perspectivas de menor crecimiento del ingreso de los hogares en las economías avanzadas, unidas a la tendencia a una mayor polarización de empleos e ingresos, han provocado reacciones políticas generalizadas en contra de los métodos tradicionales de política. Si las autoridades se muestran satisfechas y no abordan el reto de consolidar el crecimiento a largo plazo, los riesgos políticos podrían intensificarse y, quizá, revertir en parte los avances logrados hasta la fecha gracias a las reformas y la integración económicas.

Los tres capítulos analíticos de esta edición del informe WEO tienen en común que centran su atención en los principales factores determinantes del crecimiento económico a largo plazo.

El crecimiento de la población, la distribución por edades y otras tendencias de empleo estructural son vitales para entender el crecimiento, la inversión y la productividad. El capítulo 2 se centra en la participación en la fuerza laboral en las economías avanzadas, donde el envejecimiento de la población y, en el caso de muchos países, el descenso de la tasa de participación general, son importantes vientos desfavorables para el crecimiento. Preocupa especialmente la

disminución generalizada de la participación de hombres jóvenes y de edad intermedia. El capítulo muestra de qué modo distintas políticas —por ejemplo, la inversión en educación y las políticas tributarias— pueden mitigar estos efectos. Sin embargo, incluso si se aplican prácticas óptimas, la participación seguirá disminuyendo.

El capítulo 3 se centra en la proporción cada vez menor de empleo en el sector manufacturero a escala mundial y, de forma más drástica, en las economías avanzadas. Esta transformación estructural, impulsada tanto por los avances tecnológicos como por la globalización, ha despertado entre la gente preocupación por un aumento de la desigualdad del ingreso, coincidiendo con la destrucción de “buenos puestos de trabajo”. También preocupa que países ahora pobres queden atrapados lejos de la vanguardia del ingreso mundial si no pasan por la fase de desarrollo que conlleva un volumen de empleo significativo en manufacturas. De todos modos, el capítulo indica que los servicios pueden ofrecer un margen considerable para aumentar la productividad. Así pues, la mejor respuesta de política no es anular las fuerzas del mercado ni subvencionar el sector manufacturero —posiblemente creando un juego de suma cero a nivel mundial— sino buscar un aumento de la productividad en toda la economía. Para ello se necesitarán reformas estructurales, incluida la reducción de las barreras al comercio de servicios, unidas a muchas de las mismas inversiones en las personas que mejorarán la vinculación a la fuerza laboral, como se describe en el capítulo 2.

Por último, el capítulo 4 estudia el proceso a través del cual la actividad de innovación y el conocimiento tecnológico traspasan las fronteras nacionales. Tradicionalmente, el flujo internacional de conocimientos, desde los países líderes en tecnología hacia los países más pobres, ha sido un importante factor impulsor de la convergencia del ingreso. Ahora, el surgimiento de China y Corea como líderes en algunos sectores promete repercusiones positivas en otros países, incluidos los países con una larga tradición de alto ingreso. Según sugiere este capítulo, el comercio y la competencia internacional fomentan la difusión de conocimientos en el mundo y, por lo tanto, son un importante canal a través del cual todos los países pueden beneficiarse de la globalización. Desde este punto de vista, las políticas que limitan el comercio para sostener a sectores políticamente favorecidos de la economía terminarán dañando el crecimiento de la productividad.

El crecimiento mundial experimenta una recuperación, pero las condiciones favorables no van a durar eternamente, así que ha llegado el momento de prepararse para tiempos menos benignos. Para estar listos no es suficiente gestionar con cautela y previsión las políticas monetaria y fiscal, sino que además hay que prestar especial atención a la estabilidad financiera. También son necesarias políticas estructurales y tributarias que aumenten el producto potencial, por

ejemplo, invirtiendo en las personas y garantizando una distribución amplia de los frutos del crecimiento. Y aunque cada país, por sí solo, puede hacer mucho en este sentido, la cooperación multilateral en una serie de ámbitos —que van del comercio a la reducción de los desequilibrios mundiales, la ciberseguridad y el cambio climático— sigue siendo esencial.

*Maurice Obstfeld*  
*Consejero Económico*